

# TEXTOS Y GLOSAS

## El Maestro de Casiciaco

### EL HOMBRE SE BUSCA

Hablando se describe y descubre un plan existente. La programación será el desarrollo vital del interior plasmado hacia las cercanías del ser humano. El hombre describiéndose se relaciona, aumenta y se personifica. La persona con tales relaciones se libera, se autodetermina y se responsabiliza. El camino para llegar a tal responsabilidad dentro de un mundo, este mundo, exige experiencia, causas, determinaciones y orden. Un pedagogo o maestro es útil, pero no necesario. Será mejor no tener pedagogo que tener a uno que no lo sea. Hablo del pedagogo exterior que señala horizontes, que camina o hace el camino con el alumno. El pedagogo interior es necesario. Ambos: exterior e interior tienen como finalidad la búsqueda de sí mismo.

¿Quién es el hombre? Unos procuran describirle utilizando medios que se han llamado testos o esquemas preconcebidos y no faltan las personas propagandistas de recursos mágicos como podrían ser esos libros que tienen por título: *Conócete*, *Sé tú mismo*, etc. Unos lanzan al ser humano hacia el Psicoanálisis, la Psicoterapia y otros le introducen en la cueva de los misterios sin luz y con una sola salida que se cierra. El hombre es esencialmente libre, al menos lo desea y sobre tal libertad habrá que fundar toda operación de su responsabilidad. Se busca libre y se despierta amordazado. Las ataduras o mordazas pueden llamarse consejos, orientaciones, exigencias que no se orientan hacia la persona para quien se dan, sino que se dictan desde pequeños pilares despóticos y totalitarios. Para mejor dirigir tales programas de obediencia se han inventado instituciones o agrupaciones, ciencias y métodos que atosigan al ser humano obligándole a someterse a la regla común y social. Sometido, la libertad se asfixia y de ahí nace el borreguismo de la masa. El por qué de esta quiebra humana se debía buscar en el interés. Existe un

marketing internacional que tiene como finalidad la persuasión sobre necesidades que acomodan la libertad y la responsabilidad. En la circunstancia actual el ser humano se convence de que su salvación está en las cosas, en poner los huevos en el nido de los demás e imitar al cuco. Son los otros quienes tendrán que alimentar las crías que después continuarán engañando y sangrando el trabajo de quienes se deshacen sin conocer la trampa. La diferencia entre el cuco que se hace alimentar y cuidar la descendencia por otros pájaros más débiles y el género humano que lucha por susodichos triunfos y ganancias, por el ser más y maximalismos traidores, es muy poca.

El hombre necesita volver a sí mismo y encontrar lo que es, no lo que a ciertas personas o a la masa le conviene que sea. Este estudio está fuera de la psicología tal como se pretende interpretar en la actualidad. Llegar al interior no es olvidar, sino presenciarse, aceptarse y vivir normas superiores y trascendentes. Lo exterior y pragmático es útil pero nunca el guía supremo. La supremacía humana es trascendente aunque coexista con la misma entraña de la vida. Lo auténtico no se busca fuera sino en lo más íntimo. El exterior coopera a descubrir, a desarrollar una vida interior que es más grande que la imaginación del más imaginativo. Buscar al hombre tan sólo por la psicología o por la sociología es como privarle de su alma.

El Agustín de Casiciaco comprendió que el "vendedor de palabras" debería transformarse utilizando las palabras para un conocimiento concreto, íntimo y beneficioso para lo único que es verdad en el género humano. Estudiándose encontraba aspiraciones, inquietudes que le abrían hacia ansias de infinito. El infinito de alguna manera es en el hombre y se descubre por medio del "numen" (*Contra Académicos* 3,6,13) o "lex Dei" (*Soliloquios* 1,4,9). Agustín alguna vez llamará a tal idoneidad "disciplina", pero siempre será algo permanente que guía y que se descubre obrando. El método puede ser diferente, pero no se puede negar su existencia. La vida del hombre será una constante interrogación, crítica, un volver hacia sí con el fin de estudiar y descubrir lo auténtico de cada acción. La autenticidad no está en el examen de las cosas, sino en la certeza y verdad que descubre el "numen" divino.

Las cosas tienen un valor en sí, tienen también su derecho. El estudio de las mismas es una obligación. El hombre que las investiga descubre la obra de Dios, es decir, una Providencia, un constante quehacer de realidades. El hombre necesita este mundo, de otra manera no habría nacido en él. Despreciar o pretender olvidar lo que nos rodea será desequilibrio. Lo necesario es vivir conforme a la

“disciplina” sin etiquetas tanto místicas como de intereses. Las cosas cooperan al desarrollo, a la plasticidad, a la programación y relación del interior. Las cosas no son la “veritas”, el “ordo”, ni la “beatitudo”, pero son un camino necesario que se hace actuando la “lex Dei” o “disciplina”. El hombre busca el “id quod est”, es decir, el verum” (*Soliloquios*, 2.5.8), que está, o mejor, es en todo y también en las cosas. El hombre puede tener conciencia, reflexionar y aceptar que el “verum” es una realidad. El saber que tal situación o caso es conforme a la verdad hace al hombre, hombre responsable.

Con tales principios la educación necesita una metafísica o como se quiera llamar a las idoneidades que alientan cada posibilidad humana. No se niega la utilidad y cuasi necesidad del estudio del aprendizaje por medio de los sentidos: vista, tacto y oído, ni tampoco el desarrollo de esas palabras que se ha convenido en llamar: mente, razón e inteligencia. Lo que sí se afirma es que el estudio de los fenómenos no completa, ni son la base del conocimiento del hombre. Agustín de Casiciaco lo comprendió y por ello quiso profundizar en esa nueva vida que le hacía buscar la felicidad. Tanto se acercaba a soluciones remotas que a veces lloraba de alegría y este gozo se comunicaba con cuantos “amigos del alma” le habían seguido hasta la finca de Verecundo.

El hombre se busca profundizando en los “números” (*De Ordine*, 2,42 y 2,43) que son como facilidades, muestras, cánones que reflejan y revelan toda verdad. El mundo exterior sirve para vivir en este mundo siendo seres que se relacionan, que tienen movimientos humanitarios, fraternales y de amistad, pero quien da autenticidad al exterior es un amor interno, un “appetitus unitatis”. De aquí nace la base de la educación y Agustín de Casiciaco aceptó tal punto de apoyo para dialogar con sus discípulos.

#### UN METODO DE EDUCACION

No es moda hablar de educación. Desde la prehistoria el padre y la madre, la familia y el clan orientaban a sus hijos e hijas según ciertas necesidades. Algunos se atreven a decir que ahora se habla de una manera científica y resulta que lo científico para ellos serían los métodos que no dudan haber inventado ellos mismos.

La ciencia de la educación es tan antigua como el ser humano y han sido muy raros los maestros que consiguieron utilizar métodos aptos e idóneos para sus discípulos. El maestro que lo es, no busca solamente métodos en las “invenciones” o “creaciones” de cada

día, sino que más bien investiga en la historia la manera de ser o posturas de los grandes pedagogos. Una vez hecho el estudio, con frecuencia el investigador se convence de lo poco o nada nuevo sobre la tierra. Hoy sí existen aprendices a maestros, es decir, personas que sin vocación de pedagogía se han intrometido en la enseñanza porque creen que los conocimientos hacen al maestro. No faltan quienes suponen que lo que ahora se dice, nunca se ha dicho.

Agustín de Casiciaco puede ser uno de los educadores que más ejemplo ha presentado a la humanidad. En Casiciaco vivían: Agustín, Alipio, Navigio, Trigecio, Licencio, Mónica, Adeodato y de vez en cuando venían algunos amigos o miembros de la familia.

Agustín era el maestro, Alipio con frecuencia debía ausentarse e ir a Milán con el objeto de utilizar su saber como jurisconsulto, Navigio era el hermano de Agustín, estaba enfermo del bazo y apenas tenía estudios. Trigecio estudiaba, Licencio además de estudiar los versos y la retórica, siendo de origen africano, tenía por padre al mecenas de Agustín, Mónica era la madre del maestro y Adeodato el hijo. Licencio y Trigecio habían sido discípulos de Agustín en Milán y le acompañaron a Casiciaco con el fin de estudiar con más reposo y estar más cerca del maestro.

Dos libros: *De Beata Vita* y *De Ordine* pueden ser tomados como ejemplo para desarrollar el método de Agustín en la finca de su amigo Verecundo.

*De Beata Vita*. "El 13 de noviembre (386) era el día de mi natalicio, y después de una frugal comida, que no era para cortar las alas de ningún ingenio, a cuantos, no sólo aquel día, sino siempre vivíamos juntos, los reuní en la sala de los baños, lugar secreto y adecuado para este tiempo" (cap. I,6). Faltaba Alipio, pero les acompañaban los primos Lastidiano y Rústico.

Agustín prepara la situación, mejor, aprovecha la circunstancia y una vez que todos están dispuestos, les presenta un tema. Unos se callan y Agustín suscita otra pregunta con diferente planteamiento. El diálogo comienza. La presencia de Agustín y de un estenógrafo mueve a quienes hablan a una autodisciplina. Las ideas van descubriendo claridad, quien no ha comprendido, pregunta y será informado, se sabe después que se acepta o se está convencido, el raciocinio será una necesidad. Conforme se avanza en la discusión el alumno ha descubierto verdades. Se llega a la convicción de que es la persona misma quien en el grupo se descubre y presencia la ciencia interior. El alumno se habla o se aprende, se emociona y tiene el sentimiento de que un mundo interior renace.

Unas veces Mónica descubre ideas que Cicerón había explicado con gran dificultad en el *Hortensius* (cap. 2,10), otras tomará la palabra Adeodato, Rústico o Lastidiano quienes estarán más de acuerdo con las ideas de Trigeccio. Licencio, en una ocasión, no festejará el gran argumento del maestro, porque aún espera la opinión de Alipio. Agustín comprende y no critica, pero razona, Licencio se defiende y se le desliza una mentira, pero Mónica interviene.

Los diálogos continuaban varios días y el tercero "tuvimos un tiempo espléndido después de comer. Bajamos, pues, al prado próximo, y cada cual se acomodó donde le vino bien" (Cap. IV, 23). En "dinámica de grupo" el diálogo continuaba y salían conclusiones eficaces dignas de aquellos que se consideraban aprendices de la filosofía. Se definen al sabio, la sabiduría y al bienaventurado. Agustín dice a sus discípulos: "Habéis colaborado tanto en mis discursos, que puedo decir, que he sido harto de mis convidados" (cap. 4,36). El maestro había aprendido con los discípulos y lo declara.

*De Ordine.* Agustín enfermo del estómago había dejado la cátedra y una noche "revolviendo en mi mente unas ideas que me venían de no sé dónde..." "cuando me obligó a aplicar el oído y prendió más fuertemente, mi atención el rumor del agua que corría junto a los baños, despeñándose entre las piedras con un ruido alterante y desigual, que me admiraba. Púseme a averiguar la causa, y no atinaba en ella. Al mismo tiempo, Licencio andaba a golpes en la tarima próxima contra unos ratones molestos, y esto me dio a entender que estaba despierto" (I, 3,6). Trigeccio velaba también y comenzó el diálogo. Licencio explica, Agustín escucha y a veces corrige. Unas veces todos hacen exclamaciones de alegría porque se ha descubierto un argumento y continúan dialogando sobre el orden. Agustín con frecuencia duda, le ponen en gran aprieto y dice: "en filosofía soy un niño aún" (I, V, 13).

Licencio había dado una explicación sobre el error y el orden. El maestro Agustín confiesa: "Yo no cabía de gozo dentro de mí viendo a aquel adolescente hijo de un carísimo amigo mío, que se hacía mío por espiritual filiación, y no sólo esto, sino que crecía y se engrandecía con su amistad para conmigo" (I, VI, 16).

La discusión continuaría pero otra anécdota suscitaba el diálogo. Dos gallos se peleaban, uno triunfó; demostrando con señales su poder. La pregunta salió de todos los labios y de nuevo cada uno descubría respuestas.

En cierta ocasión Trigeccio avanzó frases no muy conformes y declaró que deseaba no constasen sus palabras, pero Licencio lige-

ramente exigía se escribiese lo dicho. Agustín les dijo: "Si me llamáis de buen grado maestro, pagadme con esta moneda: sed buenos".

"Las lágrimas me impidieron continuar la reprensión" (I, X, 29-30). Licencio y Trigecio sufrieron y prometieron ser irrepreensibles aceptando el castigo de que constase su disputa. "Pues cuando se den a conocer estos ensayos —dice Trigecio— a nuestros amigos y familiares, no será pequeño nuestro bochorno" (Id.).

En cada diálogo de Casiciaco el maestro Agustín observa, provoca, entrena, colabora, favorece, sostiene y motiva. No impone ni califica, no cambia ni sustituye, no elimina ni llena vacíos. El alumno es quien descubre, desarrolla, investiga, comprueba, critica, clarifica, constata, practica y acepta.

Las situaciones son corrientes, con frecuencia no buscadas, pero siempre aprovechadas. El alumno deseaba una explicación y la tenía. La responsabilidad en el diálogo era mutua. La inferioridad no se conocía y la finalidad aparecía en cada frase. Mónica hablaba lo mismo que Alipio y también podrían introducirse Adeodato o cualquier otra persona del grupo. Agustín con frecuencia pide el parecer de los demás y son precisamente los demás quienes orientan el diálogo. Agustín mantiene la dirección, pero son los otros quienes aclaran o se aclaran. El discípulo sabía que su trabajo tenía un servicio, un valor y que tanto el maestro como otras personas eran conscientes de su importancia.

El Agustín de Casiciaco es uno de los modelos de la pedagogía antigua y "moderna".

LEANDRO RODRÍGUEZ